

Textos*

MARÍA ZAMBRANO

Mujeres de Galdós

Rueca. México, otoño de 1942 (Recoge fragmentos de una conferencia de María Zambrano leída por Isabel de Palencia en el Centro Español)

Tema quizá el más terrible y angustioso, de todo este universo galdosiano, donde la mujer como en la vida misma es algo decisivo. No acometamos la tarea de ponderar el papel de la mujer en la vida. No es necesario, lejos ya del debate feminista. El universo galdosiano, más allá de las disputas de su época en este y en todo, tiene la fiereza de la misma realidad. Por eso espanta acercarse a él. La mujer no es la mujer creada, vista ni inventada, no es una creación artística, es sencillamente la mujer en la vida española.

Pero sí hemos de notar, antes que nada, el espacio y atención que Galdós dedica a la mujer. Nuestro más genial novelista no se detuvo, aparte de que su figura genial es masculina –Don Quijote es la pura masculinidad– no hay ninguna mujer real de gran talla. La máxima realidad de la mujer en el universo de Cervantes está en la ideal Dulcinea, es decir en un sueño. No es la mujer real, sino la que Don Quijote inventa, masculinismo tan extremo que por no ofrecer espacio a la mujer, al no poder prescindir de ella, la inventa. Caso que no es privativo de Don Quijote, sino de todo el idealismo amoroso de la Edad Media. Ahora sí, lo específico de Don Quijote, mejor dicho de Cervantes, es que en pleno Renacimiento, cuando la mujer cobra una existencia verdadera, cuando sale de los sueños del varón y vive por cuenta propia, y la idealidad amorosa toma otro camino, Cervantes no dibuja ninguna mujer real de importancia. No nos presenta ninguna heroína. Aunque no llegase a la inmarcesible estampa del Caballero. Ninguna «dama», ningún personaje femenino de importancia; es la verdad. La mujer en este novelista sin par conserva todavía un puesto genérico, sin individualidad. Son tipos, tanto más sumidos en lo genérico cuanto más

* Agradecemos a la Fundación María Zambrano el habernos facilitado éste y otros textos de la autora versando sobre el tema de la mujer. Respetamos el texto tal y como se editó en *Rueca*, aun cuando existe algún error de expresión. Hemos corregido, no obstante, las faltas evidentes de puntuación y acentuación.

altas y bellas: las mozas de mesón y las fregonas, las venteras, son las que más se aproximan a lo ilustre, al privilegio ilustre de la existencia individual. Y esto, sin comentario, que yo sepa, es grave, sumamente grave y delator para la idea de lo que ha sido la mujer en la vida española. Apenas se le ha dado la individualidad; son tipos, tipos genéricos. Y la que alcanza estatura heroica casi siempre es una de estas dos cosas: reina o madre, o ambas cosas juntas.

¿Sigue siendo así el universo galdosiano? Ya ha pasado no solamente el Renacimiento, sino algo que ha llevado hasta el extremo la individualidad de la mujer —y hasta el delirio la del varón— el Romanticismo. Cuando nuestro Galdós levanta su edificio gigantesco, la mujer ha alcanzado la existencia individual. Ya la delicada vida europea estaba llena de «mujeres». Antes del Romanticismo, en el siglo diez y ocho, el prodigio sucede y es una de las novedades embriagadoras de esta vida maravillosa que nace. La mujer ha bajado a este mundo, existe de veras y en ella el hombre la encuentra con realidad propia; una antagonista real librada de la cárcel de sus sueños. A la mujer idea, fantasma, engendro poético, han sucedido *las mujeres*. Ha habido una vanguardia heroica y arriesgada: es la audaz Cristina, la de Suecia, son las estoicas cortesanas francesas, tan llenas de «sagesses» en su «fleie». Pronto habrá escritoras, pintoras, y esas otras que desde su salón ejercían el más delicado de los ministerios, el más delicado y el más sutil, esa suave ligazón social, agente de unidad en la vida tumultuosa que surgía.

Galdós es el primer escritor español que introduce valientemente las mujeres en su mundo. Las mujeres, múltiples y diversas, las mujeres reales y distintas, «ontológicamente» iguales al varón. Y esa es la novedad, esa la deslumbrante conquista. Existe como el hombre, tiene el mismo género de realidad; es lo decisivo. Es lo primero que teníamos que ver.

Galdós surge después del ausente Romanticismo, pero sin embargo ha heredado algo positivo de él: la posibilidad de hacer historias de mujeres. Es más, ha heredado el pluralismo romántico, la multiplicidad de un mundo cuya unidad última va a residir dentro de cada alma individual cuya historia es perseguida precisamente por eso. Disgregada y perdida la unidad del orbe medieval, la unidad va a residir en el moderno en cada individuo, la sociedad y la cultura serán el conjunto resultante de estas unidades individuales. Multiplicidad resultante en vez de unidad previa. Al menos esto es lo que se cree y se quiere al mismo tiempo.

El mundo de Galdós es pues, *mundo moderno*, netamente moderno, mundo cuya máxima realidad estriba en la multiplicidad de destinos individuales. La novela moderna se da toda ella sobre este supuesto: la transcripción de la realidad humana, que consiste en el tejido complejísimo de destinos individuales; la Historia es la suma de las historias. Por eso el novelista adquiere ese rango extraordinario por encima casi del historiador, pues la historia que el historiador hace es «grosso modo» producto de empobrecedora abstracción, donde sólo

ciertos individuos y ciertas acciones de esos individuos, cobran relieve, cuando ellas consisten en verdad en los seres anónimos todos diferentes, cuyas horas diferentes también en cada uno de sus instantes constituye la realidad más real, que sólo el arte puede aceptar.

Galdós se mueve también en esa creencia. Se siente su entusiasmo por la diversidad de sus personajes, se le siente enamorado de sus más nimias particularidades, moroso de ellas. Con los personajes femeninos la lleva al extremo; este genio de la indiferencia se complace en la adoración de cada una de estas mujeres cuya historia implacablemente transcribe, cuyas desventuras con crueldad de creador irresponsable cuenta. Y esto se lo debe al romanticismo. Y así tenemos que Galdós, como heredero del Romanticismo, va a escribir historias de mujeres que no son románticas, va a transcribir, y eso se lo debemos a su inmensa honradez, el mundo español, reacio, obstinadamente esquivo a lo romántico.

Este mundo de la novela galdosiana no es de novela, sino de tragedia, de la tragedia de la individualidad. Ser individuo, asumiendo este oscuro y estrecho recinto que es cada hombre la realidad, toda la realidad, resulta siempre trágico. Las criaturas de otros mundos menos trágicos que el español, muestran en algunas vidas de mujeres cómo hay un hueco preparado para ellas. Sin ser tan hijas como las españolas, viven filialmente, porque hay una sociedad que acoge y perdona sus desvaríos, que tiene, como las madres, una sonrisa tras el ceño adusto. No hay tragedia porque hay como un pacto entre el protagonista y la sociedad. Mas en España todo conato de existencia individual resulta trágico.

Y si esa tragedia de ser individuo es terrible en el hombre, en la mujer alcanza extremos peores. La mujer es vestal de todo lo genérico, sacerdotisa de aquella realidad radical sobre la que se levanta cualquier idolatría individualista. Este afán toma caracteres de traición sagrada. La individualidad parece ser producto de una rebeldía. Es prometéica en su origen, y la mujer ha sido criatura de esclavitud. La plenitud de su ser la ha alcanzado cuando ha sabido decir «he aquí la esclava»... Las criaturas de este mundo galdosiano siguen esta ley: pasan como vilanos, sin peso ni transparencia, las mujeres hijas de la rebeldía, mientras las otras, las «criadas» adquieren estatura gigantesca, realidad casi divina.

Pero todavía hay más: Galdós, no sabemos por qué motivo, tal vez por cordedad de vista o por avaricia creadora, hace depender el ansia de existir de estas malogradas criaturas de una pasión sin rango alguno. Si ellas confunden su pasión con su ser mismo, el novelista-padre baja el rango de pasión cuando puede. Y así estas desvalidas criaturas quedan sin defensa, emparedadas. No se les ha permitido nacer; con tanto realismo descriptivo no han pasado de larvas. Pero veámoslas más cerca. Son las «desheredadas».

Isidora es uno de los más trágicos personajes de Galdós; está en la línea de los masculinos, a fuerza de tragedia: en la línea de Angel Guerra, de León

Roch. Más trágica aún que el protagonista de «Lo prohibido», y más cerca del Caballero Ponte de Ronda de «Misericordia», cerca con la intensidad de Fortunata, cuyo polo opuesto es en lo demás.

La grandeza de Isidora, «la marquesa», estriba ante todo en su fuerza trágica que la equipara a los varones más destacados. Casi un hombre a fuerza de su fracaso, pues parece cosa de hombres bajar tan lúcidamente a tan hondos abismos como si el suicidio de esta especie fuese propio de varón. De ser algo, Isidora de Aransis es el suicidio puro, el suicidio lúgubre, consciente, querido. Poco importa su amor al lujo, su loca pasión por los trapos y cachivaches. Poco importan sus amantes, y aun su amor por Joaquín Pez, poco importa. Lo que de ella queda es ese ponerse frente al mundo, la furia que le lleva a desafiar a todos y a todo. Adquirida desde su niñez la creencia de que su razón de ser era la «herencia» identifica su ser con el nombre inscrito en la nobleza. No cede ni un ápice, no pacta, no huye de toda diplomacia, de todo ser a medias. O ella no existe o existe como Isidora de Aransis. Y cuando las pruebas legales, el infortunio y la miseria, la cercan, tampoco cede, pues al firmar la renuncia a su herencia firma su renuncia a la vida. Si sigue viviendo es para mejor desviarse, para vengarse de lo que quiso ser y del mundo, para arrastrar en la ignominia su nobleza que era su ser. Sigue viviendo para mejor suicidarse. No; no hay figura que la iguale en tragedia. Ni los hombres: Ángel Guerra, León Roch, Bueno de Guzmán, son víctimas, tienen mucho de pasivo, se han dejado arrastrar. Isidora se arrastra, es activa siempre. Activa como Fortunata, como Eloísa, como Benigna, como su tía la Sanguijuelera de la misma estirpe de Benigna. ¿Es que la máxima actividad estará acaso en las mujeres? No hay figura varonil dentro del universo galdosiano que llegue a esta suprema actividad y decisión. Los protagonistas son criaturas pasivas, o con un íntimo resorte fallido o muerto. ¿En la tragedia española la voz cantante la habrá llevado siempre la mujer?

Nadie que se arrojase al abismo como Isidora, nadie que persista en su locura como Eloísa, nadie que luche por la enajenada herencia como todas ellas... ¡cómo luchan por sus trapos, por sus gasas y sombrillas, por sus sombreros llenos de lazos y flores!... ¿Y por qué, por qué, Don Benito genial no pusiste entre los dedos de estas indómitas mujeres, otra cosa que «moarés» batistas y flores de trapo? ¿O es que acaso nos quisiste decir en tu enigmática manera que tales mujeres convierten en trapo todo lo que tocan?

¡Qué amargo!, y qué imposible resulta no gemir. Tanta indómita energía no encontró otro cauce, ¿las cercó la sociedad, las encerró acaso el varón, el terrible celtíbero, en este asfixiante mundo de cachivaches? ¿Por qué, los hombres, *el hombre* no las interesa? Su delirio no es delirio amoroso. ¿Hay acaso alguna mujer enamorada? ¿Existe alguna Eloísa, alguna Sor Mariana, alguna Margarita Gautier al menos? Las vemos jugar con el hombre de sus amores, distraerse de él entre trapos y cachivaches, en una cacharrería insoportable, que no resiste ser mirada, porque ni tiene belleza ni esa intimidad de los objetos auténticos capa-

ces de dar compañía: el barro, la madera sobriamente trabajada, el papel sin disfraz, tienen poros que acogen la radiación de un alma. No, esos cacharros de tienda, esas cerámicas de imitación, esos «cuasi» aíslan, crean una atmósfera de artificios, aisladora de las personas entre sí, y a quien con ellas vive de sí misma. Galdós parece saberlo y nos presenta a estas criaturas entre cacharros de tal género, como si estuviesen enredadas en plantas reptantes, maléficas lianas que si permiten la ilusión de mantenerse a flote es porque ocultan la faz del cenegoso abismo. Símbolo del equívoco, de lo falso, cenizas y raspaduras del arte creador mantienen aprisionadas a quienes todo lo entregan por compararlas. Y hasta el amor al hombre elegido parece en tan rancia atmósfera.

Y es que en realidad ninguna de estas mujeres se ha enamorado. Todo lo que Galdós sabe contarnos de su presunto amor, son ciertos rasgos de generosidad pecuniaria, ciertas formas de orgulloso perdón... Pero eso sin más, no es amor. Bien puede ser terquedad, obstinación... algo en fin que ellas hacen por afirmarse y esclarecer su amenazada silueta.

No se enamoran, no podrían. Todas, hasta las más ramplonas, están enamoradas de otra cosa que no es el hombre de carne y hueso ni tampoco fantasma. Porque están enamoradas de su herencia, de su pasado perdido. Su amor es recuperarlo, recobrar lo que es su ser verdadero. Los lujos en que se arruinan son nada más que pretextos para arruinarse; símbolos de su grandeza, molinos de viento de un gigante que es un perdido nombre. Porque ellas no pueden ser como los demás, vivir como los demás, «como los otros». Para estas criaturas todo el mundo es «los otros»; los unidos en su vulgaridad frente a la singular grandeza que las distingue. Todas luchan por su distinción, por su nobleza, princesas de extinguida dinastía, Emperatrices de Hungría, víctimas en fin de la historia, de la historia novelera.

Criaturas de tragedia por llevar delante de sí, un personaje más fuerte que su vida, más real que todas sus alegrías y pesares. Noveleras, urdiendo sin cesar la trama de su vida, sacando de su propia entraña el personaje que las guía en su marcha. En verdad, cachivaches y trapos aparte, ¿no queda en ellas un rastro de la grandeza de Don Quijote? Creen en su personaje más que en nada y no vacilan. Pero sus entrañas se han secado en la figuración y ninguna —así parece— lleva en su seno lo que Don Quijote, un Alonso Quijano el Bueno, ni claro está su personaje es el inmortal caballero. Seres de corroída substancia, parecen como los últimos espejismos de un ayer fantasmal, de una España con Virreinos y Adelantados, de la España del Gran Capitán y sus tesoros, del Duque de Osuna el grande, convertida en farsa, imagen sin bulto envuelta en trapo de guardarropía. Don Benito parecía burlarse del delirio histórico que pudiera acometernos, de la criatura de nuestra grandeza convertida en fanteche; parecía advertirnos de que los trapos y las figuraciones pueden traicionar a ese mismo ayer que caracterizan y cuya continuidad verdadera mama en otra parte. Son la criatura de nuestras glorias, su eco burlesco en un laberinto de locura. Seres sin

entrañas, rígidos como advertencias fatídicas, como fúnebres espantapájaros.

Pero en el mundo galdosiano hay algo vivo, algo que es vehículo de continuidad, de pervivencia de un pasado que corroe esta parte, y es en primer lugar lo anónimo, la gleba.

Es esa gleba de Toledo, de la provincia de Madrid y de Avila la de Burgos, es la Alcarria y Aragón, es sobre todo esa Palestina de España que es la Mancha. Son nombres de linaje que se confunden apegados a la tierra, tan hijos suyos como los garbanzales y viñedos, como los trigales. Son los vecinos, los honrados vecinos de Valalgamella y el Tomelloso, son... los pobladores de España.

Es la gleba que roturó los campos y llama suyas las navas, y el carrascal y la vega cabe el río. Ha dejado salir de sí algunas criaturas singulares, personajes de este mundo novelero, que no son trágicos ni de novela, que son de verdad. Hay uno, el de mayor estatura heroica, intermediario; Fortunata, Fortunata que vive también en un delirio, que es delirio de maternidad.

Porque Fortunata camina también detrás de su personaje; tiene «una idea entre sí», y esa es la diferencia; es una idea dentro de sí que no se ha desprendido de sus entrañas, son sus entrañas mismas en un delirio de maternidad.

Hambre de maternidad que acabará devorándola. Para ella el hombre es poca cosa, «su hombre» en realidad no es sino el hombre de quien engendrar, el padre de sus hijos, el Adán de esta Eva furiosa. Hambre de maternidad propia de mujer de quien depende la continuidad de la creación; sangre inocente apenas obscurecida por la mancha del pecado original; clara sangre que pide perpetuarse. Sangre clara que no teme a la luz, pronta a derramarse, ávida de ser transfundida a otros seres, como si el cuerpo que vivifica no le bastara. Alientos de vida necesita cuerpos, formas a las que sostener. Fortunata al morir exclama «me voy en sangre». Y no sabe si es queja o la inmensa gloria de su destino cumplido. Tenía que irse en sangre la que sólo sangre purísima era.

Fortunata es «hija del pueblo de Madrid». Nacida en la corte es hija del granito del Guadarrama y de su pura luz, tiene la misma fragancia del tomillo y el cantueso, la simple belleza de la jara inmaculada que florece bajo la escarcha. Cortesana de nacimiento y casi de oficio —si le tuviera— es mujer de páramo carpetovetónico, y su belleza cordial y fragante como la malva nacida en el resquicio de la alta peña. Es la pureza de sangre originaria, el origen clarísimo de un pueblo, su substancia primera. Eva apenas corrompida, que lava en su fecundidad la sombra de su pecado. Podría ser la madre de todo un pueblo esa mujer que está situada al comienzo de toda cultura; la loba sin hiel que pare ciudades y aun mundos.

Fortunata tiene su personaje, «su idea», ideal que ha logrado apresar pues que ha alcanzado esa perfección de las perfectas vidas humanas, en que la multiplicidad del individuo se ha fundido en identidad con su idea. Fortunata es idéntica a su idea, la que llevaba «entre sí», entre sí y no fuera. Cuando nuestra idea camina fuera de nosotros tenemos que decir: «Yo soy otro». Sólo llevándo-

la entrañas adentro llegaremos a ser nuestra idea en viva unidad.

Más abajo hay alguien más, alguien muy pobre que no tiene ni idea. Es una criada llegada de la Alcarria, sin memoria de ayer, sin nombre apenas. Benigna de Casi, «Nina» la de «Misericordia». Vive de milagro, más que trabajadora es taumaturga. En sus humildísimos menesteres, ha alcanzado la creación, pues saca de la nada lo que su ama, pobre señora, necesita no sólo para sustentarse sino para el mantenimiento de su dignidad de desheredada que va a heredar, de «cesante» de la herencia.

Nina pide limosna con la naturalidad de quien piensa que el pedir y el dar es la ley del mundo, de quien no cree en la justicia sino en la Misericordia. Nada ante sus ojos *es cosa*, aún los billetes de banco son de Dios... todo es producto de la creación divina, y el mundo entero con sus amargas y trampas. Nuestra vida, con su diaria brega, es bendición de sus manos. El universo entero para esa mujer analfabeta está impreso de huellas de la divina creación. Por eso la verdad y la mentira no las sabemos y todo puede esperarse porque todo puede ocurrir. «Las verdades han sido antes mentiras muy gordas»... La realidad es creación, zarza ardiente que no se acaba, fuego sin ceniza, resurrección.

Entre ella y su rendido caballero Mordejar componen la más extraña pareja. Don Benito al fin dejó un portillo abierto en los muros de la tragedia para esta agua de manantial. Extraña pareja que lleva en su ignorancia las dos religiones salvadoras de España, sus dos fés, -si es que son dos- vivificantes: la poesía y el cristianismo sin tragedia de la creación y la misericordia. Los dos peregrinos pasajeros se ayudaron en sus fatigas, apuntalan una de la otra su miseria y juntos *contemplan*, allá por los vertederos de la fábrica de gas, entre los escombros urbanos. Contemplan... Se han hundido los muros y ha aparecido al fin una perspectiva en este mundo hermético. Poesía y religión, es decir, Mística, mística activa y contemplativa. Si Mordejar reproduce la mística poética de un «sufí» del Andalúz medieval, Nina en su actividad y juicio infalible, reproduce la mística realista castellana, la vida contemplativa y activa popular, la de los hombres sentados frente a una pared de cal que miran y miran. La mística les ha enseñado esta función última de la cultura, saben mirar lo que sea: pared pelada o abierto horizonte. Y al mirar, sentirse libre, libre y entero, como la luz increada de ese cielo purísimo que se alza sobre nuestros pueblos.